



Carlos Osoro Sierra  
Arzobispo de Oviedo

## Catequesis sobre los Misterios Luminosos del Santo Rosario Quinto misterio: La Institución de la Eucaristía

*Santa Cueva de Covadonga, 30 de enero de 2003*

Durante cinco jueves consecutivos hemos venido a esta Santa Cueva de Covadonga para rezar el Santo Rosario y entregar una catequesis sobre cada uno de los Misterios Luminosos. ¡Qué recorrido tan singular hemos realizado sobre la vida pública de nuestro Señor! ¡Cuántos misterios de nuestra vida hemos podido meditar con más hondura, de la mano de nuestra Madre la Virgen María, desde la contemplación de Nuestro Señor Jesucristo! En su bautismo, nuestro Bautismo. En su primer milagro, el gran milagro que hace el Señor cuando dejamos que Él sea quien ocupe nuestra vida. En su llamada a la conversión y anuncio del Reino, la novedad que trae a nuestra vida el perdón que el Señor nos otorga en el sacramento de la Penitencia. En su Transfiguración, la gloria del ser humano cuando permanece en comunión con Dios. Hoy finalizamos nuestras catequesis y ahondamos en el Misterio de la Eucaristía.

Cuando se iba a iniciar el tercer milenio, el Santo Padre Juan Pablo II, nos decía: «*en el Sacramento de la Eucaristía, el Salvador, encarnado en el seno de María hace XX siglos, continúa ofreciéndose a la humanidad como fuente de vida divina*». No sé si habréis pensado muchas veces en esta realidad que contemplamos en el quinto Misterio Luminoso –la Institución de la Eucaristía–, pero os remito a ella para que meditemos. La Eucaristía representa el don de una generosidad sin límites porque expresa el amor llevado hasta el infinito. En la Eucaristía reside todo el bien de la Iglesia. Contemplar hoy este misterio es vivir una ocasión excepcional para animarnos todos los cristianos a reencontrarnos con la persona de Cristo. Precisamente en el momento más decisivo cuando Él, que nos amó primero, manifiesta su amor hasta el extremo dándose a la humanidad en la Eucaristía. ¡Qué misterio insondable y a qué hondura de vida nos lleva! Me vais a permitir hacer una reflexión desde la fe en voz alta. En el Viernes Santo a Jesús le arrebatan la vida, y antes que se la arrebataran, para que nadie tuviera la tentación de pensar que sucumbe, arroja la Vida el Jueves Santo sobre la Mesa de la Cena, bajo la forma de un pan voluntariamente partido y de un vino voluntariamente derramado. El amor que lleva al Calvario a Cristo, no esperó, se anticipó. Hoy en esta Santa Cueva de Covadonga, ¡qué fuerza y qué autenticidad tiene esta expresión de fe nacida en la contemplación del Señor!

Nos dice el Papa Juan Pablo II: «*Desde hace dos mil años, la Iglesia es la cuna en la que María coloca a Jesús y lo entrega a la adoración y contemplación de todos los pueblos...En el signo del Pan y del Vino consagrados, Jesucristo resucitado y glorificado, luz de las gentes, manifiesta la continuidad de su Encarnación*» (Bula Incarnationis Mysterium, 11). El gran gesto con el que Jesucristo –que es Dios– ha descendido del cielo para ser Hombre y llevar una vida humana semejante a la nuestra, se reproduce en la Eucaristía. Por eso, os invito a contemplar unidas la Encarnación y la Eucaristía. Resulta necesario, pues cuando se pronuncian las palabras «*Esto es mi Cuerpo*», «*Éste es el cáliz de mi Sangre*», el Hijo de Dios, que es quien a través del sacerdote pronuncia estas palabras, se hace presente sobre la tierra en la Carne que antaño había recibido de su Madre Santísima. Contemplad la imagen de la Santina. Ahí tenéis al Hijo en brazos de su Madre. Pues ese mismo niño que nació en Belén, que murió en la cruz y que ha resucitado, se hace presente real y verdaderamente en el misterio de la Eucaristía.

¡Qué gracia y que oportunidad más grande poder contemplar la Institución de la Eucaristía en este misterio luminoso del rosario! Y a través de él admirar esas grandes verdades que deben llenar nuestra vida y que el magisterio de la Iglesia ha sabido sintetizar así: «*Nuestro Salvador, en la última Cana, la noche en que Él se entregaba, instituyó el Sacrificio Eucarístico de su Cuerpo y Sangre, con el cual iba a perpetuar por los siglos, hasta su vuelta, el sacrificio de la Cruz y a confiar a su Esposa, la Iglesia, el Memorial de la Muerte y Resurrección: sacramento de piedad, signo de unidad, vínculo de caridad, banquete pascual, en el cual se come a Cristo, el alma se llena de gracia y se nos da una prenda de la gloria venidera*» (SC 47). Quizá esta síntesis nos la haga entender la fe de San Juan Crisóstomo cuando decía: «*Inclinémonos ante Dios y no le contradigamos, aún cuando lo que Él dice pueda parecer contrario a nuestra*

*razón y a nuestra inteligencia; que su Palabra prevalezca sobre nuestra razón e inteligencia. Observemos esta misma conducta respecto al Misterio Eucarístico».*

En este momento histórico concreto os invito a no descuidar vuestra participación en la celebración por lo menos dominical en la Eucaristía. Sí, asistid los domingos a la celebración de la Eucaristía. El domingo es el Día del Señor y en ese día hay que encontrarse con Él. Lo descubrimos verdaderamente allí donde está realmente presente: en el Misterio de la Eucaristía. Os invito, también, a que establezcáis en vuestra vida una expresión concreta de adoración a Cristo en el sacramento del amor, con expresiones de devoción: plegarias ante el Santísimo, visita diaria al Santísimo, tiempos largos de adoración, bendición eucarística. La tradición de la Iglesia nos enseña que es en el robustecimiento del culto eucarístico donde se realiza la prueba de la auténtica renovación. Hay una expresión conciliar muy hermosa: *«como la Iglesia hace la Eucaristía, así la Eucaristía construye la Iglesia»*. Ser Iglesia, sentirse miembro vivo de Ella, amarla, gastar la vida en Ella para anunciar el Evangelio, pasa necesariamente por la Eucaristía; es decir, por el encuentro con Jesucristo. Es en la Eucaristía donde descubrimos aquella enseñanza del apóstol San Pablo, de que es signo de unidad y vínculo de caridad. La Eucaristía es escuela de amor activo al prójimo.

Santina de Covadonga, que en esta Santa Cueva te hiciste presente para mostrarnos a tu Hijo y derramar sobre nosotros gracia tras gracia, haznos sentir la necesidad de encontrarnos con tu Hijo Jesucristo, presente realmente en la Eucaristía.

Madre y Señora nuestra, ruega por nosotros. Amén.

+ Pablo, Arzobispo de Oviedo

---